

CUADERNOS DE HISTORIA 31

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE SEPTIEMBRE 2009: 123 - 155



LA HISTORIA EN BUSCA DE SIGNIFICADO EN UN TIEMPO DE DUDAS EL “GIRO HISTORIOGRÁFICO” CONTEMPORÁNEO Y EL RETORNO A LA EPISTEMOLOGÍA*

Rodrigo Ahumada Durán**

*A mi maestro Pierre Vayssière
Profesor Emérito de l' Université de Toulouse
en testimonio de amistad y gratitud*

RESUMEN: A nuestro entender, dos peligros opuestos amenazan a la *historia* en su búsqueda por esclarecer y precisar su *estatuto* epistemológico. Por un lado, ser *absorbida* por las *ciencias sociales* (especialmente

* Una parte de este trabajo fue publicada en la Introducción a nuestro reciente ensayo, *Problemi e Sfide Storiografiche All' Epistemologia Della Storia*, Universidad Federico II, Nápoles, 2008. Para esta ocasión, el trabajo ha sido en muchos aspectos modificado para integrar algunos aspectos concernientes a la historiografía chilena. Deseo expresar mis sinceros agradecimientos a mi amigo François Dosse, por su permanente apoyo intelectual, y especialmente por las conversaciones tenidas en París el 2005 en la EHESS, sobre el pensamiento de Henri-Irénée Marrou, Paul Ricoeur, Jacques Maritain y Michel de Certeau. También deseo expresar mi gratitud al destacado historiador del Occidente medieval, Pierre Riché, por sus sabios consejos y orientaciones, lo que me ha permitido comprender en toda su amplitud y profundidad el pensamiento y obra del destacado historiador y filósofo del siglo XX, Henri-Irénée Marrou. Una mención especial merece mi ayudante de investigación, la Srta. Montserrat Salvat, licenciada en historia y periodista, por su permanente dedicación y paciencia para revisar los borradores del presente trabajo.

** Académico y Director de la Escuela de Ciencia Política, Universidad Gabriela Mistral. Santiago de Chile. Correo electrónico: rahumada@ugm.cl

la sociología) que reivindican para sí toda reflexión sobre los aspectos *fenoménicos* de la existencia humana, lo que algunos autores suelen llamar la *condición existencial* del sujeto humano. Por otro lado, ser reducida a un mero *relato fáctico* como corolario del resurgimiento del “positivismo” bajo todas sus formas, reduciendo al saber histórico a una mera “cronografía” de los eventos y procesos realizados por el hombre, sobre la falsa premisa de que el “*hecho histórico*” existe en sí mismo sin intervención alguna del historiador, quién solamente ejercería un *rol pasivo* en la elaboración del “discurso” o *narratividad histórica*. Lo que se pretende desconocer para decirlo con Henri-Irénéé Marrou, es el “dato” primordial de toda crítica del conocimiento histórico (para emplear la terminología de Dilthey) ¿Cuál? Simplemente que “*la historia es inseparable del historiador*”, tesis fundamental sin la cual no hay saber histórico. Para superar esta crisis nos parece esencial un retorno a la epistemología de la historia.

PALABRAS CLAVE: epistemología, “*Annales*”, positivismo, “cronógrafos”, estructura, contingencia.

HISTORY SEARCH OF MEANING IN A TIME OF DOUBT. THE CONTEMPORARY “*HISTORIOGRAPHICAL TURN*” AND THE RETURN TO EPISTEMOLOGY

Abstract: In my opinion, history is actually threatened by two apposite dangers in its effort to make clear and to define its epistemological status. On the one hand, the danger of being absorbed by the social sciences –in particular, sociology- which claim for themselves any analysis of the existential condition of mankind. On the other hand, to be limited to a mere factual description, as a result of the return of “positivism” in all its forms, has reducing historical knowledge to a mere “chronology” of events and processes developed by man, under the false premise that “historical facts” exist by themselves, without any intervention of the historian. This last one would only assume a passive part in the writing of the “discourse” of “historical account”. This is an attempt at ignoring what has been called by Marrou the Basic “data” of any critical study of historical knowledge (using Dilthey’s terminology). This is simple that “history is inseparable from the historian”: a Basic principle, without which there is no historical understanding. In order to surmount this crisis it seems essential a return to the epistemology of history.

KEY WORDS: epistemology, “Annales”, positivism, structure, contingency.

Recibido: marzo 2009

Aceptado: julio 2009

El ocaso de los Annales y el “giro historiográfico” contemporáneo

Como es sabido, en el curso del siglo XX la *historia* como saber ha pasado de un clima intelectual y cultural caracterizado por un sentimiento generalizado de “*optimismo histórico*”, —como consecuencia de los innegables y espectaculares progresos obtenidos en el campo de intelección histórica gracias a lo que Peter Burke ha llamado “*The French Historical Revolution*”¹ (en referencia explícita a la corriente de los *Annales*)—, a un *clima* marcado por una importante dosis de *escepticismo* y de *incertidumbre* sobre la *naturaleza* o *identidad epistemológica* del conocimiento histórico.

Uno de los ejemplos más significativos de lo que señalamos se encuentra en el importante libro de Hervé Coutau-Bégarie, *Le Phénomène Nouvelle Histoire*², que tiene un subtítulo bastante significativo: *Grandeur et décadence de l'école des Annales*. La primera edición de esta obra (que nació de una tesis de Doctorado, defendida por el autor en 1980), data de 1983. Como el mismo autor señala en el *Prefacio* a la segunda edición de su libro, en ese instante (1980) los nuevos historiadores estaban aún en plena gloria mediática e intelectual. Era justamente el momento en que el gran Fernand Braudel se aprestaba a ingresar a la prestigiosa *Académie Française*, y que la llamada *historia inmediata*, género “*incierto y peligroso*”, era la nueva “*vedette*” asumida oficialmente por ellos³.

¹ Burke, Peter, *La Revolución Historiográfica Francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Editorial Gedisa, Tercera edición, 1999. Sobre la corriente historiográfica de los *Annales*, uno de los trabajos más recientes aparecidos en Francia corresponde a, Burguière, André, *L'École Des Annales. Une Histoire Intellectuelle*, Paris, Odile Jacob, septembre 2006. Sin compartir enteramente las tesis del autor recomendamos vivamente su lectura, porque ofrece una perspectiva de aproximación “nueva” al problema. Nos referimos a la llamada: “*histoire intellectuelle*”. Sobre este “género” histórico, me parece importante consultar el sólido libro de, Dosse François, *La marche des idées. Histoire des intellectuels-histoire intellectuelle*, Paris, Éditions La Découverte, 2003.

² Coutau-Bégarie, Hervé, *Le Phénomène Nouvelle Histoire*, Paris, Economica, Deuxième édition entièrement refondue, 1989.

³ Recordemos que “*l'histoire immédiate*”, es esencialmente el análisis de un fenómeno que no ha terminado aún de producir todos sus efectos y consecuencias. En ningún caso se le entendió inicialmente como historia del *presente*, lo cual habría sido insólito, por cuanto el presente, en *cuanto tal*, por definición no es histórico. Sobre esta cuestión volveremos más adelante.

Sin embargo, como lo destaca el mismo Coutau-Bégarie, con motivo de la reedición de su libro en 1989, cinco años después de la primera edición, el panorama intelectual había cambiado sustancialmente:

El estallido de la nueva historia en diversas corrientes, y algunas (incluso) antagónicas, se ha convertido en un hecho patente. Más grave aún, su dinámica parece fracturada: la cuarta generación, que estaba llamada a suceder a Pierre Chaunu o Emmanuel Leroy-Ladurie, no supo tomar el relevo y los jóvenes historiadores se vuelven voluntariamente hacia otros lugares: ‘la mayoría del grupo (de los jóvenes historiadores) no pertenecen más al medio que predominaba hace algunos años’... Las Tesis innovadoras marcadas por el espíritu de los *Annales* son cada vez más raras. El gusto del público se dirige hacia los géneros tradicionales, historia de Francia y biografías, que reciben una sorprendente rehabilitación⁴.

Sobre este punto, es interesante y relevante conocer la visión de una autoridad intelectual ligada estrechamente a los *Annales*, nos referimos a Pierre Chaunu. Su visión destaca tanto por su franqueza como por su habitual lucidez, que lo lleva a hablar con la ironía que siempre lo ha caracterizado, de “*la nueva historia, ésta menopáusica*”. Y, en la reedición de su clásico, *Histoire, science sociale*, llega a sostener que la *nueva historia* ha entrado definitivamente en la fase de los rendimientos decrecientes: “*En verdad, desde hace 10 años, ningún descubrimiento fundamental ha venido a transformar el campo (historiográfico). Hemos perfeccionado, afinado, hemos sido más bien herederos que innovadores*”⁵. En síntesis, se ha pasado, como lo destaca Coutau-Bégarie con agudeza, de “*la historia inmediata a la arqueología*”⁶, es decir, una concepción *histórica* donde el declive es más que evidente.

Esto ha generado y propiciado en un número creciente de historiadores la convicción de que nos encontramos ante una “*crisis*” tanto de la historia como de la “*profesión*” u “*oficio*” de historiador⁷. Pero al mismo tiempo, este clima o

⁴ Coutau-Bégarie, Hervé, 1989, op. cit., p. VII.

⁵ Chaunu, Pierre, “Dix ans après”, Préface à la deuxième édition de *Histoire, science sociale*, 1984, p. XII. Citado por Coutau-Bégarie, 1989, op. cit., p. VIII. El destacado es nuestro.

⁶ Coutau-Bégarie, Hervé, “De l’histoire immédiate à l’archéologie”, Préface à la deuxième édition, 1989, op. cit., p. VI.

⁷ Cf. Noiriel, Gérard, *Sur la ‘crise’ de l’histoire*, Paris, Éditions Belin, 1996, pp. 9-46. A esta cuestión le hemos consagrado diversos estudios: Cf. Ahumada Durán, Rodrigo, “Del ‘optimismo’ historiográfico a la ‘crisis’ de la historia. Actualidad y relevancia de la epistemología de la historia”, *Revista Memoria y Civilización*, n° 5, Anuario de Historia, Universidad de Navarra, Pamplona, 2002, pp. 219-246; Ahumada Durán, Rodrigo, “De l’historiographie à l’épistémologie de l’histoire. Problèmes et défis du savoir historique”, *Revue Thomiste*, n° 3, Toulouse, 2002, pp.

“*tiempo de dudas*” (Gérard Noiriel), ha sido un verdadero catalizador que ha permitido la irrupción con vigor de la reflexión *epistemológica*, no solamente en el campo de la historia, sino también de las ciencias sociales en general.

En este sentido, el “*giro historiográfico*” reciente, como consecuencia del ocaso de los *Annales*, particularmente de la tercera y cuarta generación de la misma, que se cristaliza en la llamada *Nouvelle Histoire*, encabezada entre otros por Jacques Le Goff, obliga a *Clío* a tener que adentrarse por avenidas que generalmente habían sido dejadas en el olvido o simplemente menospreciadas... pero ya no tanto en la dirección de una reflexión sobre las estructuras o el tiempo “inmóvil” propio de la *larga duración histórica* (Fernand Braudel), donde la unidad monolítica entre la historia y las ciencias sociales ocupaban el lugar central de la reflexión histórica, sino al contrario, en la lógica de la *singularidad* y la *contingencia* como propiedades constitutivas del objeto de intelección histórica. Esto explica en gran medida el esplendor que ha conocido la biografía como género historiográfico, una reflexión que opera sobre una historia esencialmente “móvil”.

Se trata entonces de un “*giro historiográfico*” caracterizado, como veremos a continuación, por la primacía de la *persona* sobre las *estructuras*, o de la *libertad* sobre la *necesidad* en el *devenir histórico*, y donde la *epistemología de la historia* ha sido “convocada” a ocupar un lugar de preeminencia para precisar o esclarecer lo que se llama actualmente el *estatuto* del conocimiento histórico entre las diversas ciencias sociales. Ciertamente no se trata de una epistemología descolgada o sin referencia al trabajo propiamente historiográfico.

Desgraciadamente, una parte importante de los historiadores chilenos, —excepción hecha de destacados historiadores, como Joaquín Fermandois, Julio Retamal Favereau, Héctor Herrera Cajas (†) o el gran maestro Julius Kakarieka... en lo que respecta a la mal llamada “Historia Universal”; o Eugenio Pereira Salas (†), Sergio Villalobos, Gabriel Salazar, Alvaro Jara (†), Rolando Mellafe (†), Mario Góngora (†), Alfredo Jocelyn-Holt, Osvaldo Silva Galdames o Santiago Lorenzo... en lo que concierne a la Historia de Chile—, han permanecido completamente ajenos a la discusión actual sobre el *estatuto*

454-470; Ahumada Durán, Rodrigo, “Del ‘optimismo’ historiográfico a la ‘crisis’ de la historia. Notas para un debate epistemológico, *Cuadernos de Historia* n° 21, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Humanidades y Filosofía, Universidad de Chile, Santiago, diciembre 2001, pp. 183-202. También nuestro breve ensayo, *¿Qué es la historia? ¿Ciencia o conocimiento social? De la historiografía a la epistemología de la historia*, Santiago, Publicaciones Universidad Gabriela Mistral, Colección “Temas de Humanidades y Ciencias Sociales”, 1998.

epistemológico del saber histórico e incluso del debate en torno a las corrientes y tendencias historiográficas actuales.

Muchos consideran como “novedosos” temas que fueron relevantes en Francia y Europa, al menos, hace más de cuarenta o treinta años, como es el caso de la historia de las mentalidades, la historia de la vida privada, la historia de la vida cotidiana o la misma historia de la historiografía y ese barbarismo epistemológico llamado “Historia del Presente”. No estamos diciendo en ningún caso (para evitar malas interpretaciones) que no haya que indagar sobre estos temas, sobre todo teniendo en cuenta que los trabajos en estos **ámbitos de inteligibilidad histórica**⁸ siguen siendo escasos en nuestro país. El problema reside en presentarlos como temáticas “nuevas” o “novedosas” en la discusión historiográfica más reciente⁹.

⁸ Sobre la noción de “*ámbito de inteligibilidad histórica*”, véase en general nuestro ensayo de epistemología de la historia, *¿Qué es la historia?*, 1998, op. cit.

⁹ Un ejemplo significativo de lo que señalamos, lo encontramos en la reciente publicación del diario *El Mercurio*, “Chile en cuatro momentos” (1710, 1810, 1910, 2010). Se trata de una serie de folletos de *divulgación* histórica, en general bastante superficial y plagada de *lugares comunes* y claramente inscrita en lo que suele llamarse un **realismo ingenuo**. Por un lado, se dice al lector que se aspira a mostrar a “*Chile en cuatro momentos*”. Pero al mismo tiempo, en el primer folleto se afirma de entrada que, “*se asumió entre otros objetivos, el desafío de entrar en la casa de una familia chilena de 1710*”. ¿Cuál familia? ¿Qué criterio se usó para seleccionarla como arquetipo? Nunca se señala ¿Se trata de un *Ideal/tipo* weberiano? Ciertamente no ¿Es la familia mestiza o la familia “aristocrática” como *modelo o paradigma* de la familia chilena a comienzos del siglo XVIII? Esto nos parece más cercano al relato presentado como supuestamente “verídico”. Esto explica, entre otras cosas, la construcción del *discurso* “histórico” solamente a partir de algunos *datos* parciales, lo que lleva a conclusiones apresuradas y en muchos casos sesgadas. Como botón de muestra nos encontramos con la sorprendente afirmación, puesta a modo de título de manera destacada, y acompañada de la imagen de una mujer negra: “*los criados no deben trabajar de noche*”. En este caso se trata de un “*imperativo ético*”, contenido en una declaración de un Sínodo diocesano de 1688. ¿Por qué no haber colocado sin más, para evitar la ambigüedad, “*los criados no tenían horario o trabajaban todo el día*”? Y señalar que tratándose de un hecho masivo, es decir, que ocurría tanto en la ciudad como en el campo, la Iglesia debió pronunciarse contra esta injusticia. Se quiera reconocer o no, estos textos de divulgación se inscriben de lleno en lo que hoy día se llama la “batalla” por la *construcción de la memoria*, o por imponer un *pasado único*, como si la historia pudiese establecer verdades absolutas e inmutables. Estos son resabios de la ilusión de la historiografía decimonónica de raigambre “positivista”. A este respecto, véase el reciente y notable libro del importante medievalista francés: Heers, Jacques, *L’Histoire Assassinée. Les pièges de la mémoire*, Versailles, Éditions de Paris, 2006.

Al mismo tiempo es legítimo y necesario preguntarse: ¿Este es el mundo ideal que nos quieren presentar los autores como lo *realmente acaecido*? ¿Esta es la “nueva” forma de hacer historia, expresión de la cotidianeidad de la historia vivida por todos los hombres y mujeres en el Chile de 1710? ¿Se puede hablar con ese nivel de generalidad y sin matices en el campo del saber histórico? Demasiado ingenuo y cándido para ser real. Demasiado superficial para ser

Por otro lado, filósofos como Martin Heidegger, Jacques Maritain, Antonio Millán Puelles, Xavier Zubiri, Paul Ricoeur, Michel Foucault o Michel de Certeau..., por mencionar solamente algunos, generalmente han pasado inadvertidos para la mayoría de nuestros historiadores. Todavía nos encontramos con historiadores que manifiestan un claro desprecio o indiferencia hacia la filosofía, y por consiguiente no han leído a los filósofos que se encuentran presentes como, “*arrière fond*”, en las discusiones históricas y en los debates actuales¹⁰. En este sentido podríamos decir que la reflexión histórica en Chile se encuentra en una etapa “pre-socrática”, es decir, aún no se conoce a sí misma

creíble. La excesiva simplificación y generalización los conduce, más allá de la intención de los autores, a un quiebre permanente entre *lo ideal* y *lo real*, y esto último atraviesa el *proyecto* en su conjunto. En todo caso, lo que resulta más sorprendente, es la pretensión de hacernos creer que estamos ante “*una nueva manera en que se puede mostrar la historia, utilizando la información y herramientas provenientes de un trabajo multidisciplinario*”. ¿Nueva? No habría sido más modesto y más cercano a la verdad, reconocer que se intenta seguir un *sendero* iniciado por grandes historiadores como, Georges Duby, Philippe Ariès, Paul Veyne, Peter Brown, Evelyn Pataglean, Dominique Barthélemy... y tantos otros, por ejemplo, en la famosa pero ya antigua, *Histoire de la Vie Privée*, cuya aparición se remonta a 1985 en Francia, es decir hace 23 años. También sorprende la confusión entre dos géneros históricos. Por un lado, *La historia de la vida privada*; por el otro, *La historia de la vida cotidiana*, género histórico más antiguo aun que el anterior. Lo que más desconcierta en la publicación antes mencionada, es un cierto aire de soberbia, dando la impresión de que la historia propuesta por los autores, es el fiel reflejo de la historia tal como fue vivida por los hombres del pasado, es decir, cuando era para los *protagonistas* no *pasado* sino *presente* ¿No admite el acontecer histórico varias interpretaciones posibles mientras no se haga “*violencia*” a los documentos? A partir de aquí se puede entender esta sorprendente afirmación tan típica del *realismo ingenuo*: “*A través de las ilustraciones y los textos de cada volumen, los lectores se ‘sentirán’ en la época y en las situaciones que se presentan, como quien recrea el pasado*”. Preguntémos: ¿La historia narrada por los historiadores es *idéntica* a la historia vivida por los hombres? ¿Existe en *historia*, considerada del punto de vista epistemológico, un *pasado único*? ¿Qué podemos responder? Simplemente que tanto la *gnoseología* como la *epistemología* no son dañinas para el espíritu, sobre todo para quienes aspiran a realizar un trabajo intelectual serio y riguroso. Esto evita al historiador y al académico pasar por el habitual bochorno de señalar por un lado que la historia *es ciencia*, y cuando alguien tímidamente se atreve a preguntar *por qué* y en *qué sentido*, solamente encuentra un silencio o una evasiva como respuesta. Dos gigantes intelectuales del siglo XX, Lucien Febvre y Henri-Irénée Marrou, no obstante que provienen de horizontes intelectuales completamente diversos, prefieren decir modestamente que la historia es más bien un “*estudio científicamente elaborado*” para distinguirla del conocimiento común o mera opinión (*doxa*). Cf. Sévillia, Jean, *Historiquement Correct. Pour en finir avec le passé unique*, France, Perrin, 2003.

¹⁰ A este respecto recuerdo una extensa conversación con François Hartog, tenuta a l’*École des Hautes Études en Sciences Sociales*, el 2005. Al preguntarle por los autores que más habían influido en su pensamiento y obra histórica, me respondió con su estilo seco y directo: fundamentalmente dos filósofos, Michel Foucault y Michel de Certeau. Debo reconocer que su respuesta me dejó gratamente impresionado, no obstante no compartir sus opciones filosóficas.

o no ha reflexionado lo suficiente sobre su propia escritura de la historia y las opciones filosófico-epistemológicas de sus historiadores.

Que me sea permitido contar una breve y curiosa anécdota. Todavía tengo frescas en mi memoria las observaciones que me hacía un historiador hace algunos años, con un cierto tono de reproche y pedantería, en las *Jornadas de Historia*, organizadas por la Pontificia Universidad Católica de Chile en conjunto con la Academia Chilena de la Historia: ¿Cómo usted puede sostener que hoy día hay una *crisis* de la historia, si la prueba más patente que su planteamiento no es cierto, es que estas *jornadas* están colmadas de estudiantes, investigadores y académicos...? Desgraciadamente mi colega, no se había enterado, entre otras cosas, del ocaso de los *Annales*. Cómo no recordar a este propósito las excelentes y crudas reflexiones de Sergio Villalobos sobre los historiadores actuales aparecidas inicialmente en el diario *El Mercurio* y reproducidas por *Cuadernos de Historia* de la Universidad de Chile:

Los nuevos investigadores y otros que no lo son tanto, se han convertido en ‘técnicos monográficos’ que ahondan en sus temas (las más de las veces irrelevantes) y conviven sólo con sus similares, exhiben un lenguaje abstracto (yo diría más bien rebuscado) y se felicitan mutuamente “(yo agregaría se citan entre ellos). En gran parte la explicación está en la falta de cultura humanística y la obsesión por parecer altamente elaborado¹¹.

Volviendo a nuestro tema de reflexión, conviene preguntarse: ¿Cuáles han sido los ejes centrales de esta crisis? ¿Cómo se pueden establecer algunos principios de solución para superarla? Ciertamente no es este el lugar para abordar en toda su amplitud una cuestión tan compleja y controvertida. Que nos sea permitido entonces, proponer algunas pistas de reflexión a modo de *hipótesis* de trabajo, que aporten ciertas luces sobre el tema en cuestión y que pretendemos desarrollar sucintamente en estas reflexiones.

A nuestro entender, dos peligros opuestos amenazan a la *historia* en su búsqueda por esclarecer y precisar su *estatuto* epistemológico. Por un lado, ser *absorbida* por las *ciencias sociales* (especialmente la sociología) que reivindican para sí toda reflexión sobre los aspectos *fenoménicos* de la existencia humana, lo que algunos autores suelen llamar la *condición existencial* del sujeto humano. Por otro lado, ser reducida a un mero *relato fáctico* como corolario

¹¹ Villalobos, Sergio, “Historia incompleta”, diario *El Mercurio*, *Artes y letras*, Santiago, 16 de mayo de 1999. Retomado en *Cuadernos de Historia* n° 19, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, diciembre 1999, p. 269.

del resurgimiento del “positivismo” (la tentación latente para todo joven investigador que se inicia en las aventuras indagatorias de *Clio*) bajo todas sus formas, reduciendo al saber histórico a una mera “cronografía”, o incluso una “descriptología” de los eventos y procesos realizados por el hombre, sobre la falsa premisa de que el “*hecho histórico*” existe en sí mismo sin intervención alguna del historiador. Este último, solamente ejercería un *rol pasivo* en la elaboración del “discurso” histórico. Esto es lo que algunos autores llaman con ironía, pero también con justa razón, *realismo ingenuo* o una visión *ingenua* del conocimiento humano.

Si acaso existe un punto en que filósofos y científicos están de acuerdo, sin importar a qué corriente de pensamiento o visión del mundo adhieran, es justamente éste: *en ciencia no existen “hechos puros” o “brutos”*. Si existe tan solo una tesis en que Tomás de Aquino e Immanuel Kant de algún modo se encuentran es justamente ésta: *el entendimiento humano cuando conoce no es puramente pasivo*. ¿Qué queremos decir con esto? Simplemente, que es el sujeto cognoscente quien constituye un *evento* de la realidad en un *hecho científico*, desde el momento que lo aborda o interroga desde su propia y particular *perspectiva formal*. Esta es una “ley” general de la epistemología a la cual ningún saber puede sustraerse. Es legítimo preguntarse entonces: *¿Por qué la historia habría de hacerlo, como lo sugieren los historiadores positivistas o neopositivistas, a quienes sería mejor llamar “cronógrafos”, por respeto a la importante tradición de cronistas existente en nuestro país?*

La famosa noción de “*hecho*” y de “*hecho histórico*”, el gran “mito” y la gran obsesión de positivistas y eruditos. Hay que decirlo sin ambages, algunos historiadores tienden a confundir los *eventos* o *procesos* con la noción técnica y rigurosa de *hecho* y *hecho histórico*. Esto implica asumir que existen en el ámbito del saber y de la ciencia *hechos “brutos”*, es decir sin participación alguna del sujeto cognoscente ¡Qué barbarismo intelectual! Lo que llamamos *hecho*, en una *perspectiva epistemológica*, siempre es una elaboración intelectual. Esto quiere decir que es *constituido* (que no es lo mismo que *construido*, en esto reside el error kantiano más presente hoy día de lo que suele pensarse), por el científico o sabio desde la *perspectiva formal* de su propia disciplina. Y esta *perspectiva formal* está enteramente determinada por el *objeto formal*. Esto forma parte del abecedario de la epistemología. Con justa razón ha señalado Henri Marrou:

Es preciso insistir sobre esta constatación elemental, pero de grandes consecuencias para una exacta comprensión de nuestra disciplina: un personaje, un evento, tal aspecto del pasado humano, sólo son, ‘históricos’ en la medida que el historiador los califica como tales, juzgándolos como dignos de memoria porque a algún título le parecen importantes, activos, fecundos, interesantes,

útiles a conocer...Esta elección, y el juicio que la funda, están en relación directa con la conformación del espíritu del historiador, con su cultura personal, las preocupaciones del medio social, al cual él pertenece, con su concepción general del ser, del hombre, todo aquello que el alemán expresa, no sin cierta pedantería, hablando de **Lebens –und Weltanschauung**¹².

Esta es, me parece, la tragedia intelectual del positivismo histórico y de sus “cronógrafos” o “técnicos monográficos” (Sergio Villalobos) que pululan en nuestros centros de estudios y de investigación, generalmente no en la perspectiva de la búsqueda desinteresada de la verdad sino más bien de “verdades” que le sirvan para su autopromoción y reconocimiento personal. Esta es la *ideología* y *estrategia* del poder desplegada en todos los ámbitos, destinada a impedir cualquier intento o esfuerzo por *problematizar la historia*, negándole a *Clío* la real posibilidad de ir más allá de una mera descriptología. Estos son los poderes *fácticos* encubiertos de una supuesta “cientificidad”, donde abundan quienes escriben y publican compulsivamente –llegando incluso al extremo de superar en cantidad de “libros” a destacados historiadores como Mario Góngora, Álvaro Jara, Fernando Silva Vargas o al mismo Sergio Villalobos–, pero que perfectamente podrían no haber publicado nunca y no hubiese pasado nada de real importancia en la producción historiográfica chilena, porque se trata de obras o artículos que las más de las veces carecen de un real peso intelectual.

¿Cómo responder entonces a este *clima intelectual* muchas veces sesgado por el poder y la figuración individual y no por la búsqueda desinteresada de la verdad? ¿Cómo superar la proliferación exacerbada de monografías tediosas y de poca utilidad, que reducen tanto al conocimiento histórico como a la narratividad histórica a una simple *crónica*? Habría que recordar las maravillosas palabras pronunciadas por Henri-Irénée Marrou¹³ a un grupo de jóvenes historiadores, recogidas en un artículo que lleva un título estimulante, “Tristeza del historiador”: “*Vuestra tarea es fácil a definir: liquidar el positivismo (y) encontrar la originalidad del conocimiento histórico*”¹⁴.

¹² Marrou, Henri-Irénée, “Comment comprendre le métier d’ historien”, en, Samaran, Charles, *L’ Histoire et ses Méthodes*, France, Encyclopédie de la Pléiade, Éditions Gallimard, 1961, p. 1471. El destacado es nuestro.

¹³ Como lo recordara recientemente el cardenal Jean-Marie Lustiger, en referencia explícita al destacado pensador agustiniano: “*Aquel que ha sido...un guía, un maestro y un ejemplo*”, en, Marrou, Henri-Irénée, *Carnets Posthumes*, Paris, Les Éditions du Cerf, 2006, “Préface”, p. I.

¹⁴ Marrou, Henri-Irénée (artículo publicado con el pseudónimo de Henri Davenson), “Tristesse de l’ Historien”, France, *Revue Esprit*, april de 1939, p. 18. Agradecemos al destacado historiador Pierre Riché, eximio discípulo de Marrou, por haber puesto este texto, entre otros, a nuestra disposición.

¿Por qué liquidar el positivismo histórico? Porque representa una idea falsa de cómo procede la razón humana en general y la razón histórica en particular. Para el positivismo, el historiador no es más que un mero “recolector” de “hechos” (digamos más bien de “fósiles”), que existirían independientes de él y que exigirían su total ausencia ante el “peso” de los mismos “hechos”. Lo que se pretende desconocer para decirlo con Henri-Irénée Marrou, es el *dato* primordial de toda crítica del conocimiento histórico (para emplear la terminología de Dilthey)¹⁵ ¿Cuál? Simplemente que “*la historia es inseparable del historiador*”¹⁶, tesis fundamental sin la cual no hay saber histórico alguno y menos aún es posible una epistemología de la historia.

Como señalaba un “cronógrafo” en un almuerzo con ribetes de seriedad al cual me tocó asistir: yo escribo dos tipos de libros, unos para el vulgo y otros para el mundo “científico”. Lo que él no percibía —¿podemos extrañarnos?—, es que entre ambos tipos de libros cuesta encontrar alguna diferencia, porque en ambos no hay pensamiento histórico sino mera crónica. Y ciertamente se trata de un historiador que promueve el “mito” del Bicentenario, no porque haya algo que celebrar, sino simplemente porque resulta rentable en todo sentido. Y que conste que sus publicaciones abarcan desde la “novelística” de Tolkien hasta “biografías” de personajes de la historia de Chile. Una suerte de *Leonardo* pero en versión chilena.

Sobre el “desmigajamiento” de la historia

Con respecto a la primera amenaza que se cierne sobre la historia, una de las preocupaciones más apremiantes lo constituye la cuestión de lo que se ha llamado el “*desmigajamiento*” de la historia, concepto hoy día plenamente aceptado por la comunidad “científica” de los historiadores, cosa que no siempre es fácil. En 1987, François Dosse publicaba un bello libro con un título

¹⁵ Cf. En general, Dilthey, Wilhelm, *Crítica de la Razón Histórica*, Barcelona, Editorial Península, Primera edición, 1986.

¹⁶ Cf. La obra siempre actual e insuperable de Marrou, Henri-Irénée, *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil, Première édition, 1954. En el presente trabajo hemos utilizado la siguiente traducción española: Marrou, Henri-Irénée, *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea Books, 1999.

particularmente incisivo: *L'histoire en miettes*¹⁷. Se trata de un notable estudio sobre la historiografía francesa del siglo XX, que destaca por su claridad y profundidad.

En esta obra, Dosse denunciaba las grandes limitaciones y la hegemonía de la *Nueva Historia* que, como sabemos, corresponde a la tercera generación de la corriente historiográfica de los *Annales* (bajo la dirección, entre otros, de Jacques Le Goff y Pierre Nora), llamando la atención sobre la importante *crisis* que se venía perfilando en el campo histórico francés, al menos desde fines de la década de los años setenta.

El libro de Dosse junto a las notables reflexiones de Marcel Gauchet, contenidas en su artículo, “Changement de paradigme en sciences sociales?”, aparecido en la revista *Le Débat* (1988)¹⁸, marcan según Christian Delacroix¹⁹, una radicalización de las críticas contra la metamorfosis sufrida por los *Annales* con motivo de la irrupción de la *Nouvelle Histoire*.

Uno de los signos inequívocos de esta *crisis* es posible encontrarlo en la desconfianza actual frente a la posibilidad real de realizar un proyecto *historiográfico-metodológico* como el desarrollado por Fernand Braudel en su obra monumental, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949)²⁰, y cuyos fundamentos teóricos han sido recogidos en su obra, *Écrits sur l'histoire*²¹, y en menor grado en sus *Écrits sur l'histoire II*²².

Para Braudel, la *historia* en cuanto saber estaba llamada a convertirse en una especie de *ciencia* rectora y unificadora (*scientia reatrix*) de las demás ciencias sociales que convergen en la elaboración de una “fenomenología” de la existencia humana: sociología, antropología, economía, demografía... Siendo el principio articulador la noción de *temporalidad* histórica con sus

¹⁷ Dosse, François, *L'histoire en miettes. Des “Annales” à la “nouvelle histoire”*, Paris, La Découverte, 1987.

¹⁸ Gauchet, Marcel, “Changement de paradigme en sciences sociales”, *Le Débat*, N° 50, 1988.

¹⁹ Cf. Delacroix, Christian; François Dosse; Patrick, García, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècles*, Paris, Armand Colin, 2002, pp. 249-253. También, Delacroix, François; François Dosse; Patrick García, *Histoire et Historiens en France depuis 1945*, Paris, adpf, sin año de edición. Este último libro es de difusión de la cultura francesa, y no se encuentra disponible en librerías. Agradecemos a François Dosse el habernos cedido un ejemplar.

²⁰ Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la Época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, dos volúmenes, Sexta reimpresión, 2005.

²¹ Braudel, Fernand, *Écrits sur l'histoire*, Paris, Champs Flammarion, 1969, sobre todo la *Segunda Parte*: “*L'histoire et les Autres Sciences de l'Homme*”, pp. 41-235.

²² Braudel, Fernand, *Écrits sur l'histoire II*, Paris, Champs Flammarion, 1994, pp. 9-29.

diversos “ritmos” de *duración histórica*: corta duración, tiempo medio o de la coyuntura y sobre todo la *larga duración*, siendo este último, el tiempo propio del historiador.

Esta aspiración se encuentra hoy día muy lejos de poder realizarse. Al contrario, la tendencia que se fue imponiendo, sobre todo a partir del esfuerzo intelectual de la tercera generación de los *Annales*, fue en muchos aspectos una lógica completamente distinta.

El saber histórico se fue transformando progresivamente más bien en una sociología histórica, antropología histórica, economía histórica, demografía histórica... En otras palabras, lo que era *sustancial* pasó a ser *accidental*. Lo que era *sustantivo* devino un simple *adjetivo* y en muchos casos sin mayor relevancia. De este modo, al final del camino *la historia* se fue quedando sin “territorio”, transformándose en una suerte de “nación” sin “patria” (recordemos que la noción de patria a diferencia de la noción de sociedad política incluye siempre la referencia a lo telúrico). Se quiera reconocer o no, hoy día el saber histórico se encuentra ante una crisis mayor en lo que respecta a su *identidad* epistemológica.

Esto explica el feroz cuestionamiento a la historia “*inmóvil*”, consecuencia necesaria del modelo braudeliano, que hace de la historia una “*estructura de la larga duración histórica*” (como lo ha destacado de manera notable Ignacio Olabarri). Como lo señala acertadamente Dosse en la reedición de su libro en 1997, “*para que la historia vuelva a ser ciencia del cambio, como la llamaba Marc Bloch, le es preciso romper con el discurso analista del tiempo inmóvil*”. Esto, se quiera o no, implica un retorno al *evento* ¿Por qué? Porque el retorno al *evento* abre nuevamente las fronteras a la idea de *contingencia histórica*, y sin *contingencia*²³ no es posible operar una “reconstrucción” de la noción de historia móvil o de la realidad como devenir donde se entremezclan íntimamente ligados naturaleza y aventura, necesidad y libertad.

El planteamiento de Marcel Gauchet, según Delacroix –juicio que compartimos–, tiene el mérito de asociar dos grandes temáticas: la historia política y el cambio de “paradigma” en ciencias sociales²⁴. Dicho cambio rehabilita el

²³ Como lo destaca Jacques Maritain, siguiendo tanto a Aristóteles como a Tomás de Aquino: “Se dice **necesario** lo que no puede no ser; y **contingente** lo que puede no ser; dicho de otro modo, una cosa es necesaria cuando **no puede ser** impedida, y contingente cuando **puede serlo**”. Maritain, Jacques, *Razón y Razones. Ensayos diversos*, Buenos Aires, Ediciones Desclée de Brouwer, 1951, p. 41.

²⁴ En general, la noción de *paradigma* en el campo de las ciencias sociales es bastante compleja y muchas veces ambigua. Por esta razón, la empleamos con bastante cuidado y en un

papel insustituible del *actor individual* en historia, papel dejado en segundo plano por los *Annales*. Según Gauchet, lo que entró en crisis es el *modelo* que atribuía la primacía a las estructuras sociales sobre el rol del individuo: en esa lógica se inscribieron sucesivamente los modelos *marxistas*, *estructuralistas* y *funcionalistas*, los cuales hacían del *actor* o *sujeto* personal un simple “efecto” de los condicionamientos sociales y de las estructuras socio-económicas.

Señalemos desde ya, para evitar cualquier malentendido o interpretación tendenciosa, que no pretendemos desconocer en modo alguno lo fecundo que ha resultado y resulta para la misma historia el aporte significativo de las ciencias sociales, especialmente la sociología²⁵, la economía o la demografía. Menos aún pretendemos desconocer la notable contribución de los *Annales* a la renovación de los estudios históricos en el siglo XX, lo cual sería, por decir lo menos, una insensatez.

Lo que pretendemos, entre otras cosas, es llamar la atención sobre el hecho de que el diálogo interdisciplinario y la cooperación multidisciplinaria para ser fructíferos, deben reposar sobre el principio epistemológico *distinguir para unir* formulado y desarrollado maravillosamente por Jacques Maritain en su obra capital *Les Degrés du Savoir*²⁶. Esto permite evitar al mismo tiempo dos errores bastante comunes, la tendencia a la confusión y la tendencia a la separación. Al mismo tiempo, dialogar no significa en ningún caso “ponerse de rodillas” y asumir sin más los postulados que vienen de otras disciplinas. El historiador tiene la obligación intelectual de abordar toda problemática desde su propia *originalidad* y *especificidad*, como saber, esto es lo que llamamos su propia *perspectiva formal*: una cosa es hacer *historia económica*, otra muy distinta, *economía histórica*.

sentido “instrumental”. Recordemos que se trata de una noción que se toma prestada habitualmente del campo de las ciencias de la naturaleza, donde la libertad humana no tiene cabida. Y generalmente se emplea como arquetipo la propuesta de Thomas Kuhn desarrollada fundamentalmente en su obra, *La estructura de las revoluciones científicas*, que a nuestro entender merece varios reparos, sobre todo en el campo de la historia y de las ciencias sociales. Nuevamente, la falta de formación filosófica por parte de los cientistas sociales y de los historiadores les impide ver con claridad el significado y alcance que tienen los planteamientos que provienen de las ciencias de la naturaleza, y las serias dificultades que implica traspasar pura y simplemente lo proveniente del mundo de la naturaleza a lo específicamente humano, que es el universo de *lo voluntario* o de los *actos humanos* y, en el caso de la historia, de la *libertad en el tiempo*.

²⁵ Pensemos en la influencia de Emile Durkheim sobre Marc Bloch o la de Max Weber sobre Henri-Irénée Marrou.

²⁶ Maritain, Jacques, *Distinguer pour Unir ou les Degrés du Savoir*, en Oeuvres Complètes, Volume IV, Paris, Éditions Universitaires Fribourg Suisse et Éditions Saint-Paul Paris, 1983.

El problema reside, a nuestro entender, en la confusión epistemológica introducida por la *Nouvelle Histoire* en cierta continuidad intelectual con las tesis epistemológicas de Fernand Braudel, transformando al saber histórico, entre otras cosas, en un *campo de experimentación de las ciencias sociales*, al mismo tiempo que intentando relativizar el *tiempo* propio del saber histórico. Sobre estas cuestiones son decidoras y decisivas las reflexiones escritas por Jacques Le Goff y Pierre Nora, en el *Prefacio* a la obra colectiva en tres volúmenes, dirigida por ellos, *Faire de l' Histoire* (1974), y que puede ser considerada en muchos aspectos el *acta de nacimiento* y el *Manifiesto* de la *nueva historia*. Con respecto a lo primero Le Goff y Nora señalan:

La historia, sufre también la agresión de las ciencias sociales donde la cuantificación es reina como la demografía o la economía. Ella se transforma en el laboratorio de experimentación de las hipótesis de estas disciplinas. Ella debe abandonar el impresionismo por el rigor estadístico y reconstruirse a partir de los datos numerables, cuantificables, de la documentación²⁷.

Con respecto al problema de la *temporalidad histórica*, Jacques Le Goff y Pierre Nora cuestionan que el *pasado humano* sea el objeto formal del saber histórico:

La provocación más grave inflingida a la historia tradicional es sin duda aquella que esboza la nueva concepción de una historia contemporánea, que se busca a través de las nociones de historia inmediata o de historia del presente que, rechazando reducir el presente a un pasado incoactivo, mete en causa la definición bien establecida de la historia como ciencia del pasado²⁸.

Con posterioridad a la obra de François Dosse y las reflexiones de Marcel Gauchet, que han sido verdaderos catalizadores del descontento creciente contra las pretensiones hegemónicas de la *Nouvelle Histoire*, las críticas se han multiplicado. En esta corriente crítica, se pueden mencionar los estudios de los historiadores Gérard Noiriel y Antoine Prost, quienes en sus respectivas obras, *Sur la 'crise' de l'histoire*²⁹, aparecida en 1996, y *Douze leçons sur l'*

²⁷ Le Goff, Jacques et Nora, Pierre (sous la direction), *Faire de l'histoire*, "Nouveaux problèmes", Vol. 1, Gallimard, folio/histoire, 1986, p. 11.

²⁸ *Ibid.*, p. 12.

²⁹ Noiriel, Gérard, *Sur la "crise" de l'histoire*, France, Éditions Belin, 1996. Traducción española: Noiriel, Gérard, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Frónesis, Cátedra Universitat de València, 1997.

*histoire*³⁰, publicada el mismo año —es decir, casi diez años después de la obra de François Dosse—, nos ofrecen una profunda y lúcida presentación del panorama historiográfico más reciente, particularmente las décadas de 1980 y 1990, época caracterizada por Christian Delacroix, bajo la forma de interrogante como: “*une crise de l’histoire? (Les années 1980-1990)*”³¹, pero que sin embargo, como el mismo Delacroix lo destaca, también podría ser caracterizada como una época de “*recomposición*”, después de la abrupta caída de la hegemonía impuesta por los *Annales*³².

Los análisis de Noiriel y de Prost no se circunscriben solamente al ámbito específico de la historiografía francesa, sino también amplían su mirada sobre otras destacadas corrientes históricas, donde también es posible constatar un clima intelectual caracterizado por la noción de *crisis epistemológica*. Noiriel hace referencia explícita al caso de la historiografía *norteamericana*, a través de la obra de Peter Novick. Según Novick, a partir de la década de los 80, un número cada vez mayor de historiadores ha llegado a la conclusión de que “*la historia no constituye ya una disciplina coherente; no solo porque el todo sea inferior a la suma de las partes sino porque ya ni siquiera hay todo, sino solamente partes*”³³. Esta es la historia en *migajas* en toda su radicalidad

Miseria del “positivismo histórico”. Una breve digresión: ¿historiografía positivista o escuela metódica?

En los últimos decenios, particularmente en Francia, la expresión “positivismo histórico” o “historiografía positivista”, ha sido sometida a una dura crítica y depuración conceptual, sobre todo a partir de la obra capital de Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885*, publicada en 1976³⁴. En efecto, Carbonell ha mostrado con una lógica impecable y un rigor inigualable, como en el caso

³⁰ Prost, Antoine, *Douze leçons sur l’histoire*, France, Éditions du Seuil, 1996. Traducción española: Prost, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Frónesis, Cátedra Universitat de València, 2001.

³¹ Delacroix et al., 2002, op. cit., p. 241.

³² *Ibidem*.

³³ Novick, Peter, *That Noble Dream, The ‘Objectivity Questions’ and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, Second edition, 1990, p. 577.

³⁴ Carbonell, Olivier-Charles, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885*, Toulouse, Privat, 1976.

específico de Francia, solamente la obra de Louis Bourdeau, *L'Histoire et les Historiens: essai critique sur l'histoire considérée comme une science positive* (1888), puede ser considerada genuinamente una obra de inspiración o de corte positivista, es decir, en el horizonte del pensamiento o de la “filosofía” de Augusto Comte.

Comentando este hecho, los historiadores Guy Bourdé y Hervé Martin han señalado lo siguiente:

Es un error que se haya calificado y que todavía se califique a la escuela histórica que se impuso en Francia entre 1880 y 1930, como ‘corriente positivista’. En efecto, la verdadera historia positivista fue definida por L. Bourdeau en **L'histoire et les Historiens: essai critique sur l'histoire considérée comme une science positive**, publicada en 1888. Como buen discípulo de Comte, L. Bourdeau se sitúa en un plano filosófico. Según él, la historia es la ‘ciencia de los desarrollos de la razón’, y tiene por objeto ‘la universalidad de los hechos que la razón dirige o cuya influencia sufre’...L. Bourdeau, establece para la historia científica el objetivo de ‘buscar las leyes que presiden el desarrollo de la especie humana’. Estas leyes se pueden clasificar en tres grupos: 1) las leyes de **orden**, que muestran la similitud de las cosas; 2) las leyes de **relación**, que hacen que las ‘mismas causas provoquen los mismos efectos’; 3) la ley **suprema**, que **regula** el curso de la historia. En suma, se trata de una filosofía de la historia, resultantemente determinista, que pretende a la vez reconstituir el pasado y prever el porvenir³⁵.

Dicho de otro modo, el programa de Bourdeau se encuentra en las antípodas del proyecto común de Monod, Lavissee, Langlois, Seignobos y sus colegas, a los cuales tradicionalmente se les llamó historiadores positivistas. Ahora bien, como ya lo hemos señalado, la expresión que se propone hoy día para referirse a esta corriente historiográfica, es la de “*école méthodique*”. A partir de aquí, es fundamental distinguir entre el positivismo como teoría o filosofía de la historia y el positivismo como corriente historiográfica. De hecho, es preciso no olvidar que la expresión historiografía positivista es en sí misma contradictoria. Algunos podrían suponer que la noción de historiografía positiva, en el sentido de ciencia positiva, sería bastante conveniente. Sin embargo, el hecho de que la historia no sea un saber fenoménico o empírico, hace que esta denominación sea impropia. Por esta razón la usamos en este trabajo en un sentido

³⁵ Bourdé, Guy et Hervé, Martin, *Les écoles historiques*, Paris, Éditions du Seuil, Points/Histoire, 1983, pp. 161 y 162.

puramente “convencional” y privilegiando el uso habitual que se hace de ella, por ejemplo en Chile.

Más allá de la discusión terminológica. La imposibilidad epistemológica del positivismo histórico

En 1946 aparece publicada en Inglaterra la obra póstuma del destacado historiador y filósofo Robin George Collingwood, *The idea of history*³⁶, que recoge el manuscrito redactado por el pensador inglés en treinta y dos lecciones sobre la filosofía de la historia en 1936. Se trata de una notable obra por su rigor y profundidad, y que a nuestro entender debe ser de consulta obligada para cualquier historiador o filósofo que aspire a reflexionar en profundidad sobre los problemas concernientes a la filosofía de la historia, ya sea en lo que respecta a una *ontología de la historia* como a una *epistemología* de la misma.

En esta obra, Collingwood establece una tesis que me parece fundamental para comprender en toda su amplitud los problemas que el “positivismo” le plantea al historiador, tesis que me gustaría citar *in extenso*, por cuanto permite una justa posición del problema en discusión:

La historia –nos dice Collingwood–, como la teología o las ciencias naturales, es una forma especial de pensamiento. Si eso es así, las cuestiones acerca de la naturaleza, el objeto, el método y el valor de esa forma de pensamiento tienen que ser contestadas por personas que reúnan dos condiciones³⁷.

¿Cuáles son esas condiciones? ¿Qué importancia tienen para una justa comprensión del estatuto epistemológico de la historia? ¿Por qué se encuentran ellas en las antípodas de la concepción positivista de la historia como saber? A estas cuestiones, el filósofo inglés responde con una claridad y certeza que sorprenden por su actualidad y vigencia para la discusión contemporánea:

La primera condición –nos dice Collingwood– es que tenga experiencia de esa forma de pensamiento. Tienen que ser historiadores. Ahora bien, hoy día todos

³⁶ Collingwood, Robin, *The idea of history*, London, Oxford University Press, 1946.

³⁷ Collingwood, R. G., *Idea de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, Decimocuarta reimpresión, 1988, p. 17.

somos historiadores en cierto sentido, puesto que toda persona educada ha recibido una enseñanza que incluye cierta proporción del pensar histórico³⁸.

Hasta acá, me parece que cualquier historiador, independiente de la corriente historiográfica a la cual adhiera, comparte los planteamientos del autor anglosajón. Los problemas y polémicas comienzan con la segunda condición establecida por Collingwood:

Pero eso –primera condición– no basta para considerar que esas personas estén calificadas para poder opinar acerca de la naturaleza, del objeto, del método y del valor del pensamiento histórico... La segunda condición que debe reunir una persona para contestar esas preguntas consiste en que no sólo tenga experiencia del pensar histórico, sino que también haya reflexionado sobre tal experiencia. Tiene que ser no sólo un historiador, sino un filósofo, y en particular que su preocupación filosófica haya concedido especial atención a los problemas del pensar histórico. Ahora bien, es posible ser un buen historiador (aunque no un historiador del más alto rango) sin que concurra esa reflexión acerca de la propia actividad de historiador. Es aún más plausible ser un buen profesor de historia (aunque no la mejor clase de profesor) sin tal reflexión. Sin embargo, es importante reconocer al mismo tiempo que la experiencia es previa a la reflexión sobre esa experiencia³⁹.

¿Cuántos historiadores estarían dispuestos a suscribir esta suerte de *declaración de principios*? Para ser historiador es preciso haber entrado en el territorio de la filosofía, justamente lo que Lucien Febvre, uno de los jefes de fila de los *Annales*, consideraba el “*crimen capital*” de todo historiador. Digamos desde ya, no es posible una superación del positivismo histórico sin un *retorno* a la filosofía en general, y a la filosofía de la historia en particular. Tampoco es posible que la historia pueda superar la tentación de devenir en una mera “crónica” al margen de toda cosmovisión filosófica.

Como sabemos, las reflexiones de Collingwood se inspiran en muchos aspectos en el pensamiento de Benedetto Croce, y ellas nos parecen en lo fundamental verdaderas. ¿Es posible una reflexión histórica profunda prescindiendo de toda referencia al significado y sentido de la historia? Esto es lo que Ortega y Gasset llamaba *Historiología*⁴⁰, es decir, una *teoría general de las*

³⁸ Collingwood, 1988, op. cit., p. 18.

³⁹ Ídem.

⁴⁰ Ortega y Gasset, José, *El tema de nuestro tiempo*, p. 149. El Espectador VIII, t. 2, Obras Completas, Madrid, 1983.

realidades humanas, y Jacques Maritain⁴¹ y el Cardenal Charles Journet⁴², una *historiosofía*. Ciertamente que no, porque la historia como *devenir temporal de la humanidad o de las culturas o civilizaciones* tiene siempre un *significado* y un *sentido* que el historiador debe conocer, y que condiciona enteramente su obra historiográfica, salvo que se reduzca al saber histórico a una “cronografía”.

Nunca será suficiente reiterarlo: no es lo mismo y nunca será lo mismo un *erudito* (el camuflaje actual del perfecto “cronógrafo”) que un *historiador*. Entre ambos hay un abismo epistemológico que nos parece insalvable. Es posible que un historiador sea un erudito o no lo sea. Pero no necesariamente el erudito es un historiador. Aun más, muchas veces la erudición en cualquier campo del saber humano es un refugio contra el ejercicio de pensar, donde muchas veces la memoria sustituye al entendimiento. Estos son viejos resabios del *Enciclopedia* propios del pensamiento desarrollado por “*Les Lumières*”.

Como le gustaba repetir a nuestro profesor de Moral, Michel Labourdette o. p.: “*Una cosa es el erudito, que recoge el documento y lo establece con la mayor exactitud posible; otra cosa el historiador que fundándose sobre los documentos, los reúne, los relaciona, los interpreta y se esfuerza por reconstituir la historia. Y enseguida agregaba con el humor que lo caracterizaba: “Finalizando una charla que nos daba en Saint Maximin, Etienne Gilson, insistía sobre esta distinción y terminaba con esta humorada: a los eruditos, se les admite en la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras; en cambio a los historiadores, se les incorpora a la Academia Francesa, por que se sabe bien que se trata de novelistas”*”⁴³.

¿Es posible una reflexión seria por parte del historiador sobre su propia “producción” o *escritura* de la historia al margen de una meditación sobre los fundamentos epistemológicos de su propia disciplina que esclarecen y precisan los límites y condicionamientos de la objetividad histórica y el tipo de verdad que esta disciplina puede establecer, para usar la terminología de Raymond Aron?

⁴¹ Maritain, Jacques, *Pour une philosophie de l'histoire*, Oeuvres Complètes Jacques et Raïssa Maritain, Volume X, Éditions Universitaires Fribourg Suisse et Éditions Saint Paul Paris, 1985.

⁴² Journet, Charles, *L'Église du Verbe Incarné*, “*Essai de théologie de l'histoire du salut*”, Volume IV, Oeuvres Complètes de Charles Journet, Éditions Saint Agustin, France, 2004.

⁴³ Labourdette, Michel o. p., “Le péché originel”, *Revue Thomiste*, p. 373 (fotocopia sin año de edición). Citado por Ahumada Durán, Rodrigo, *¿Qué es la historia?*, 1998, op. cit., p. 16.

Como lo recuerda el profesor de la Universidad de Navarra, Juan Cruz Cruz, *la historia* (como *episteme*) nunca es una simple *crónica* que presente los “hechos” de un modo minucioso, sino “una **investigación que se esfuerza por comprender los eventos, captando sus relaciones, sus intenciones, su juego de difusión, de agregación o de dislocación, seleccionando los principales, clasificando sus tipos (hechos militares, hechos políticos, hechos culturales, hechos económicos), buscando sus lazos funcionales**”⁴⁴. La miseria del positivismo histórico no es otra cosa que la miseria del pensamiento histórico, y la reducción del historiador, para emplear una metáfora, a una condición de peón al interior de un tablero de ajedrez, ahí justamente donde debería cumplir la función de rey.

Criticando al positivismo histórico reinante en Francia a fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, Lucien Febvre escribía desde la óptica de una *metodología de la historia*:

Todo el mundo lo decía: la historia era establecer los hechos y después operar con ellos. Cosa que era verdad y estaba clara, en líneas generales y, sobre todo, si se consideraba que la historia se componía únicamente, o casi, de acontecimientos. Si tal rey determinado había nacido en tal lugar, tal año, y en determinada región había conseguido una victoria decisiva sobre sus vecinos, se trataba de investigar todos los textos que mencionaban ese nacimiento o esa batalla decisiva; elegir entre ellos los únicos dignos de credibilidad y, con los mejores, componer un relato exacto y preciso⁴⁵.

Los comentarios y las críticas más lúcidas sobre el llamado positivismo histórico, no ya desde una *metodología de la historia* sino propiamente desde una *epistemología de la historia*, se encuentran en el gran historiador y filósofo Henri-Iréné Marrou. En las reflexiones del pensador agustino, el “positivismo” queda exorcizado de una vez para siempre, de ahí la importancia de volver a leer y “releer” sus trabajos de epistemología de la historia, teniendo en cuenta la crisis actual del conocimiento histórico y la tentación permanente del “positivismo”, que desprecia la filosofía bajo todas sus formas:

Hay que poner fin a estos viejos reflejos y librarse del entumecimiento en que el positivismo ha tenido durante tanto tiempo a los historiadores... Nuestra tarea es pesada, agobiada por servidumbres técnicas; ella tiende a la larga a desarrollar en el que la practica una mentalidad de insecto especializado. En vez de ayudarle

⁴⁴ Cruz Cruz, Juan, *Filosofía de la Historia*, Navarra, EUNSA, 1995, p. 17. El destacado es nuestro.

⁴⁵ Febvre, Lucien, *Combates por la historia*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1970, p. 20.

a reaccionar contra esta deformación profesional, el positivismo le aliviaba la conciencia al sabio (‘yo no soy más que un historiador, no un filósofo; cultivo mi pequeña parcela, hago honradamente mi labor, sin meterme en lo que me rebasa: ne sutor ultra crepidam... Altiora ne quaesieris!’): lo que equivalía a dejar que se degradara hasta el nivel de un peón⁴⁶.

En estos planteamientos se encuentran todos los principios *epistemológicos* para mostrar no solo la *miseria* del positivismo histórico, sino también la imposibilidad del mismo como un genuino saber. ¿En dónde reside esta imposibilidad *de jure*? Como lo viera Marrou, el positivismo histórico se niega a reconocer el *papel activo* que juega el historiador en la elaboración del discurso histórico y de lo que actualmente llamamos *la escritura de la historia*. Esta es una cuestión mayor, por cuanto olvida que la historia siempre es, en cuanto saber, un *mixto indisoluble* ¿Qué significa esto último? Marrou responde con notable lucidez a esta cuestión:

Desde que se entra en la esfera de las realidades propiamente humanas, el pasado no puede ser más aislado al estado puro y captado en cierta medida aisladamente: él, es alcanzado al interior de un mixto indisoluble donde entran a la vez, íntimamente asociados, la realidad del pasado, sí, su realidad ‘objetiva’, verdadera, y la realidad presente del pensamiento activo del historiador que busca encontrar la primera⁴⁷.

En el conocido *Diálogo sobre la Historia*, que recoge las conversaciones entre el destacado historiador Georges Duby y el filósofo Guy Lardreau, se vuelve a precisar la cuestión con gran claridad y rigor. Por eso me parece importante reproducir algunos párrafos de dicho diálogo, partiendo por algunas reflexiones preliminares de Lardreau:

Así pues, la primera pregunta que surge, como la que propiamente **decide** el orden de las razones, es la que cuestiona qué es lo que ocurre con el ‘pasado’: la historia, como discurso, ¿se basa en algo real, real desvanecido, pero que lucha

⁴⁶ Marrou, Henri-Irénée, *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea Books, p. 8. Cf. Nuestro estudio, “La historia es esencialmente conocimiento. Prolegómenos sobre la epistemología de Henri-Irénée Marrou”, *Cuadernos de Historia* n° 24, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, marzo 2005, pp. 163-203.

⁴⁷ Marrou, Henri-Irénée, “Comment comprendre le métier d’ historien”, in Samaran, Charles, op. cit., pp. 1525-1526. Véase también, Burguière, André (Publié sous la direction), in *Dictionnaire des Sciences Historiques*, “Fait historique” (Olivier, Dumoulin), Paris, Presses Universitaires de France, 1986, pp. 273 y 274.

por volver a serlo?; ¿o bien la historia, como objeto, no ha sido creada más que por el discurso que la nombra, puro efecto de nominación?⁴⁸

Sin compartir cierto sesgo de kantismo que contiene la formulación de Guy Lardreau, nos parece en lo esencial, una visión justa. Ella se inscribe, al mismo tiempo, en la lógica de la filosofía crítica de la historia desarrollada con maestría por Henri-Irénée Marrou, Jacques Maritain y por el mismo Paul Ricoeur en su obra, *Histoire et Vérité*⁴⁹. Por esto, la respuesta que nos ofrece Lardreau a la cuestión antes planteada, nos parece clara y rigurosa:

El problema –nos dice Lardreau– ya no enfrenta una teoría ingenuamente empirista y una teoría constructivista: Langlois y Seignobos, sean cuales fueren sus otros méritos, estaban atrasados con respecto a Claude Bernard y Pasteur, y ya no hay en historia, como en cualquier otro terreno del saber, un sabio que niegue que su objeto es construido. El problema es saber si este objeto construido se perfila sobre la realidad, si es una realidad la que pesa sobre esta construcción y la fuerza, o si el objeto es solo la propia construcción, puro efecto del discurso, un conjunto coherente de nombres en el que lo ‘real’ se extingue en esta misma coherencia; ya que, entonces, el historiador tiene que hacer frente a algo ‘real’, en el sentido de que no puede decir cualquier cosa, pero esta realidad no es más que la que produce la aplicación al **corpus** dado de las reglas que él ha elegido⁵⁰.

El mismo Georges Duby precisa la cuestión, para superar el *impasse* entre *empirismo* y *nominalismo*, términos que emplea Lardreau en su diálogo con el medievalista. En efecto, frente a la pregunta del filósofo, si acaso él comparte la afirmación de Lucien Febvre en la introducción a su *Rabelais*, cuando señala que cada época construye mentalmente su propia representación del pasado, su Roma y su Atenas, su Edad Media y su Renacimiento, Duby responde:

Estoy totalmente de acuerdo con esto. Añadiría que no creo que queden, entre los historiadores actuales, muchos que sigan adoptando el punto de vista del positivismo de hace cincuenta o sesenta años, cuando con el auge de las ciencias exactas, se consolidaba el sentimiento de que era posible llegar a un conocimiento escrupulosamente verdadero de lo que había ocurrido en el pasado, que era posible crear una historia ‘científica’. Verdaderamente estoy convencido de

⁴⁸ Duby, Georges et Guy, Lardreau, *Dialogues*, Paris, Flammarion, 1980. Traducción española, Duby, Georges, *Diálogo sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 13.

⁴⁹ Ricoeur, Paul, *Histoire et Vérité*, Paris, Éditions du Seuil, 1955.

⁵⁰ Duby et al., 1988, op. cit., p. 13.

la inevitable subjetividad del discurso histórico; **en cualquier caso, lo estoy totalmente del mío**. Esto no quiere decir que no haga todo lo que puedo por aproximarme a lo que podríamos llamar ‘la realidad’, en relación a esa construcción mental imaginaria que es nuestro discurso... Y yo no invento, es decir..., invento, pero me preocupo por fundamentar mi invención sobre los cimientos más firmes posibles, construirlo a partir de huellas criticadas rigurosamente, de testimonios tan precisos y exactos como sea posible. Pero eso es todo⁵¹.

Por esta razón, Marrou insistía tanto en señalar que la historia y el historiador aspiran siempre a obtener un “*optimum*” de verdad, y Jacques Maritain, sobre el hecho que la única verdad que la historia puede establecer como saber siempre es *fáctica*. Ciertamente nadie puede poner en duda que Luis XVI convocó a los Estados Generales en Versalles el 14 de enero de 1789, dando inicio a la *Revolución Francesa*. Se trata de un *evento* —y al mismo tiempo el punto de partida de un proceso histórico de *corta duración*, pero al mismo tiempo de gran *intensidad* histórica—, inscrito en la *duración histórica* una vez para siempre y que nada ni nadie puede alterar. Otra cosa es interrogarnos sobre las razones que dieron origen a la Revolución Francesa, sabiendo de antemano que las cosas podrían haber ocurrido de otra manera (*libertad-contingencia*). Ahí entramos inevitablemente en el terreno no solamente de lo *fáctico*, sino también en el campo de las *interpretaciones*, o para usar la expresión de Ricoeur, del “*conflicto de las interpretaciones*”⁵², y ahí la *subjetividad* del historiador juega un rol cada vez más preponderante. Por esto justamente decimos que la historia la hacen los historiadores, y que *toda historia es historia contemporánea* (Benedetto Croce).

Insistamos sobre este punto, por cuanto nos parece de capital importancia, para quedar al abrigo del *realismo ingenuo* que tanto daño ha causado al *saber histórico*, y poder acceder propiamente a un *realismo crítico*, que resuelve el falso dilema entre *empirismo* versus *constructivismo* o *nominalismo*.

Es preciso distinguir claramente entre dos afirmaciones: una cosa es decir que en la historia siempre *hay interpretación*, otra cosa muy distinta es sostener que *la historia es pura y simplemente interpretación*. Esto implicaría hacer del relato histórico una pura “*construcción*”, sin ninguna referencia a alguna realidad objetiva, y en este caso ya no podríamos decir que la historia es un relato verídico, como suele repetirlo Paul Veyne. Por esto, justamente,

⁵¹ Duby et al., op. cit., p. 43.

⁵² Ricoeur, Paul, *Le Conflit des Interprétations. Essais d’Herméneutique*, Paris, Éditions du Seuil, 1969.

entre estos dos planteamientos existe un abismo epistemológico. El P. Michel Labourdette o. p., ha explicado este punto de manera admirable:

El espíritu no registra el desenvolvimiento de hechos que se suceden sin interrogarse sobre el sentido de su encadenamiento. Ya existe aquí un inevitable elemento de subjetividad: este es el problema de la **interpretación**; ésta depende mucho de todo lo que nosotros entendemos hoy día por la ‘precomprensión’, en el sentido de Bultmann; ella depende también de ciertas opciones, que pueden permanecer, más o menos, inconscientes. Es una constatación de todos los días: los mismos hechos, establecidos sobre los mismos documentos, tan exactamente conocidos por los diversos autores, tendrá casi siempre lecturas diferentes, de las cuales varias pueden ser perfectamente plausibles, al menos en la ausencia de datos nuevos, mientras que otras ya hacen, como se dice, ‘violencia a los textos’. **A este margen de subjetividad (...), ningún discurso histórico puede escapar**⁵³.

Esta *operación historiográfica* (interpretar-*hermeneia*), solamente puede realizarse gracias a la existencia del *documento* que opera como *signo formal*, es decir, *aquello por lo cual*, o *a través de lo cual* o *al interior* del cual, el historiador *accede y ahonda* en su objeto propio de intelección, el *pasado humano*. Por esto, siempre nos recuerda Marrou (en continuidad intelectual con Lucien Febvre) que la historia se hace con *documentos*, que no es lo mismo que sostener que la historia se hace con *textos*⁵⁴.

A partir de lo señalado es fácil comprender por qué la epistemología de la historia se encuentra siempre en las antípodas de toda concepción positivista o neo-positivista de la historia, o cualquier intento por reducir el trabajo del historiador a una *descriptología* de eventos o procesos. Concepciones para las cuales el historiador sería tan solo un *ente pasivo*, un mero *receptor* de

⁵³ Labourdette, Michel o. p., “Le péché originel”, *Revue Thomiste*, p. 373 (fotocopia sin año de edición). Citado por Ahumada Durán, Rodrigo, *¿Qué es la historia?*, 1998, op. cit., p. 16.

⁵⁴ ‘La historia se hace con textos’. *Fórmula célebre: todavía hoy no ha agotado su virtud. Que fue grande, claro. Sirvió de consigna y compromiso a los buenos trabajadores legítimamente orgullosos de su consciencia de eruditos, que luchaban contra obras fáciles y cobardes. Fórmula peligrosa si no se tiene cuidado con ella y que daba la impresión de querer tachar de falso, brutalmente el movimiento general de las investigaciones humanas estrechamente solidarias... La fórmula ligaba la historia a la escritura con estrecho lazo. Era el momento en que la prehistoria –nombre claramente significativo– se dedicaba a redactar, sin textos, el más largo de los capítulos de la historia humana. Nació una historia económica con la pretensión de ser, principalmente, la historia del trabajo humano...Nació una geografía humana que llamaba la atención a los jóvenes captados rápidamente por estudios reales y concretos”. Febvre, Lucien, 1970, op. cit., pp. 17 y 18.*

“hechos” ya constituidos antes de su intervención. Obviamente, en esta lógica, la historia sería siempre *separable del historiador*. Curiosamente, ella existiría, por así decirlo, al “estado puro”, “*prêt-à-porter*”, en los *documentos*. En esta perspectiva, la función del historiador consistiría en “extraer” los hechos tal como se encuentran en las fuentes históricas, evitando con el mayor cuidado posible que algo de su personalidad intervenga en dicha “recolección de frutos”.

El error del *realismo ingenuo*⁵⁵, sostenido tanto por los positivistas como por los críticos del realismo del conocimiento, es creer que el pensamiento es como una “copia” o un “calco material” de la realidad o cosa (*res*), que el pensamiento y la realidad coinciden en todo. Es importante tener en cuenta, en una justa concepción del conocimiento humano que no hay, y no puede haber, *identidad* pura y simple entre la *cosa* en cuanto realidad, y la *cosa* en cuanto conocida. En efecto, si el pensamiento o conocimiento fuese una copia o un calco de la cosa o realidad, si todas las condiciones de una fuesen las condiciones de la otra ¿cómo podríamos explicar la existencia del error? o ¿cómo podríamos hablar de abstracción? Estamos obligados, en cierto sentido, a establecer una distinción importante entre la *cosa* y el *pensamiento*, a reconocer que las condiciones de una no son las condiciones de la otra. En otras palabras, la manera como las cosas existen en nuestro pensamiento, para ser conocidas, no es la misma como ellas existen en sí mismas⁵⁶.

Si aplicamos esta distinción al campo de los *sucedidos humanos*, tendremos que decir con Henri-Irénée Marrou y Paul Veyne: una cosa es el *pasado vivido por los hombres* (dimensión *óptica* de la historia), otra cosa es ese *pasado humano* en cuanto conocido o elaborado por el historiador (dimensión *epistemológica* de la historia). Esto ya no es *realismo ingenuo* sino sencillamente *realismo crítico*. Al decir del gran historiador del Imperio romano y profesor del Collège de France, Paul Veyne: “*Como la novela, la historia acorta, simplifica, organiza, puede contener un siglo en una página y esta síntesis del relato es, no menos importante que la de nuestra memoria, cuando evocamos los diez últimos años que hemos vivido*”⁵⁷.

⁵⁵ Sobre la noción de *realismo ingenuo* y su oposición a la noción de *realismo crítico*, véase la obra capital del filósofo francés Maritain, Jacques, *Distinguer Pour Unir ou les Degrés du Savoir*, Oeuvres Complètes, Volume IV, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Éditions Saint-Paul Paris, 1983.

⁵⁶ Cf. Maritain, Jacques, *Réflexions sur l'intelligence et sur sa vie propre*, Paris, Nouvelle Librairie Nationale, Deuxième édition, 1926.

⁵⁷ Veyne, Paul, *Comment on Écrit l'Histoire. Essai d'épistémologie. Augmentée de Foucault Révolutionnaire L'Histoire*, Paris, Éditions du Seuil, Collection “L'Univers Historique”, 1978, p. 14.

Es a la luz de este planteamiento, que es preciso entender la crítica tanto de Marrou como de Veyne a los “historiadores” que han pretendido y pretenden establecer una cierta *identidad* entre ambos *pasados* o ambas “realidades”: “*Se ha abusado en exceso* –nos dice Marrou–, *para analizar la esencia de la historia, de las famosas fórmulas de Ranke o de Michelet: ‘mostrar pura y simplemente cómo sucedieron las cosas’ (wie sie eigentlich gewesen sind), ‘resurrección integral del pasado’ (résurrection intégrale du passé), frases que por lo demás, ganan mucho cuando se las reintegra a su contexto*”⁵⁸.

Insistamos, porque se trata de una cuestión central para entender la *naturaleza* del conocimiento histórico. No es posible reactualizar la historia tal como fue *vivida* por los hombres. Aún más, resulta inaudito pretender realizar una resurrección integral del pasado humano. Esto significaría tener la capacidad de transformar *el pasado humano*, objeto de la historia, nuevamente en un *presente* vivido por los hombres. Esto es un absurdo intelectual.

Aún más, señalar que el *presente en cuanto presente* podría eventualmente ser historiado implica necesariamente hacer del *pasado* una realidad actual u *óntica*. El problema reside en que dicho *presente*, es decir, lo que *está siendo* o *existiendo*, pertenece a la categoría *existencial* u *óntica* del *presente*, de tal modo que si es analizado (al límite “*verificado*”) en cuanto *presente*, no puede serlo en cuanto *histórico*, por cuanto lo histórico es *lo acaecido* u *ocurrido* considerado en cuanto *acaecido* u *ocurrido*, poco importa si lo acaecido es remoto o reciente. Por eso decimos que ***la historia es inseparable de la memoria*** (Heródoto, Cicerón, San Agustín...).

Paul Veyne tiene razón al insistir sobre el hecho de que “*la historia es relato de eventos: todo el resto se desprende de ello*”. Y justamente, “*puesto que ella es...un relato, no hace revivir*”, esto implica que, “*...lo vivido tal como sale de las manos del historiador no es aquel de los actores; es una narración, lo que permite eliminar una serie de falsos problemas*”⁵⁹. Este planteamiento se encuentra en las antípodas del *realismo ingenuo* que, desgraciadamente, se encuentra tan arraigado en un número importante de historiadores chilenos.

Véase el notable comentario sobre este libro, escrito por Aron, Raymond, “Cómo el historiador escribe la epistemología. A propósito del libro de Paul Veyne”, *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica completado con textos recientes*, vol. 2, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1984, pp. 178-235.

⁵⁸ *De la connaissance historique*, o. c., pp. 34-35.

⁵⁹ Veyne, 1978, op. cit., p. 14.

Sobre la necesidad de una epistemología de la historia

Hoy, más que ayer, debido a la *crisis de identidad* por la cual atraviesa el “discurso” histórico, se hace imprescindible un *retorno* a la epistemología de la historia, lo cual no es posible si no se promueve de antemano el diálogo entre historia y filosofía. Ciertamente, nos encontramos ante un problema mayor: la desconfianza por parte de los historiadores de profesión frente a cualquier reflexión de orden filosófico, incluso en aquello que concierne al *estatuto epistemológico* de su propia disciplina.

Roger Chartier ha señalado con justa razón que entre filosofía e historia, “*la discusión es difícil*”⁶⁰. Sin embargo, nunca debe confundirse una dificultad con una imposibilidad. Pensamos que la mayor parte de las dificultades que se han presentado y se presentan actualmente entre filosofía e historia son más bien de *facto* y no de *jure*. Esto quiere decir que ellas se sitúan del lado de los sujetos cognoscentes (*ex parte subjecti*); en este caso, los historiadores, y no del lado de la *naturaleza* del conocimiento histórico (*ex parte objecti*), porque en este último caso no habría posibilidad alguna de diálogo.

Por otro lado, la relación entre filosofía e historia no se reduce en ningún caso, y en esto nos apartamos de las tesis de Roger Chartier, al problema de la *historia de la filosofía* o de la *filosofía de la historia en el sentido de una ontología de la historia al modo hegeliano e incluso spengleriano*⁶¹. Al contrario, la misma *textura* de la *historia* como saber se fundamenta sobre *principios* que suponen no solamente una reflexión sobre la epistemología de la historia, sino también sobre una *teoría general del conocimiento*. Como lo ha destacado Henri Marrou:

⁶⁰ Chartier, Roger, “Philosophie et histoire: un dialogue”, in Bédarida, François (sous la direction), *L’histoire et le métier d’historien en France 1945-1995*, Paris, Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, 1995, p. 149.

⁶¹ Cf. Chartier, Roger, 1995, op. cit., p. 149. Por lo demás, la identificación sugerida por Chartier entre el pensamiento de Hegel y de Spengler es bastante burda, e impide comprender con claridad y profundidad cuál es el *estatuto* propio de una *ontología de la historia* y su relación con el conocimiento histórico. Sobre esta cuestión, cf. Maritain, Jacques, *Pour une philosophie de l’histoire*, in, *Oeuvres Complètes Jacques et Raïssa Maritain*, Vol. X, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Éditions Saint-Paul Paris, 1985, pp. 613-648. Véase también el bello libro del filósofo español, Millán Puelles, Antonio, *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, Ediciones Rialp, Segunda edición, 1955, pp. 111-158. Cf. también, el penetrante libro de Cottier, Georges, o. p., *Histoire et connaissance de Dieu*, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Collection “Studia Friburgensia”, 1993.

Disipemos cualquier malentendido, pues la ambigüedad del vocabulario no ha dejado, por lo demás, de mantener el malestar que deseáramos ver superado: no se trata aquí de una ‘filosofía de la historia’ en el sentido hegeliano, de una especulación acerca del futuro de la humanidad considerada en su conjunto para deducir de él sus leyes, o, como se prefiere decir hoy, la significación; sino más bien, de una ‘filosofía crítica de la historia’, de una reflexión **sobre** la historia, dedicada a examinar los problemas de orden lógico y gnoseológico puestos de relieve por los avances mentales del historiador⁶².

Como lo recuerda François Dosse con respecto a la historiografía francesa: “Durante mucho tiempo, los historiadores de profesión se han interrogado en Francia sobre su método, pero no han vacilado en dar la espalda a cualquier reflexión de orden epistemológico y no han dejado de mostrar las mayores reticencias con respecto a la filosofía de la historia”⁶³. ¿No podríamos decir acaso que en Chile nos encontramos ante una situación parecida? ¿Se puede señalar que la epistemología de la historia o la misma metodología histórica son un “lugar” de inteligibilidad visitado asiduamente por nuestros historiadores? La respuesta es más que clara.

Este planteamiento de François Dosse se inspira en las reflexiones de su maestro Paul Ricoeur, particularmente en su notable obra publicada en tres volúmenes, *Temps et récit*⁶⁴. En esta obra, el gran filósofo de la hermenéutica francesa establece una distinción a nivel de las perspectivas formales entre *metodología de la historia* (reflexión de suyo historiográfica) y *epistemología de la historia* (reflexión formalmente filosófica). Se trata a nuestro entender de una distinción capital y especialmente fecunda para toda reflexión rigurosa sobre los fundamentos del conocimiento histórico, por cuanto nos coloca al “abrigo” de los laberintos intelectuales y de los falsos problemas tan comunes

⁶² Marrou, Henri, *El conocimiento histórico*, 1999, op. cit., p. 9.

⁶³ Dosse, François, *L’histoire*, Paris, Armand Colin, Collection “Cursus Philosophie”, p. 5. Traducción castellana: *La historia: Conceptos y escrituras*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 7. Véase también, Prost, Antoine, *Douze leçons sur l’histoire*, Paris, Seuil, 1996, p. 8. Esta actitud de menosprecio con respecto a la filosofía de la historia (incluida la reflexión epistemológica) no solamente la encontramos en la historiografía “positivista” o “*école méthodique*”, sino también en la misma corriente de los *Annales*; pensemos por ejemplo en los sarcasmos de Pierre Chaunu: “la epistemología, es una tentación que hay que alejar resueltamente. La experiencia de los últimos años, ¿no parece probar que puede ser la solución fácil para los que gustan obcecarse en ella, señal de una búsqueda que se estanca y se esteriliza?”, *Histoire quantitative, Histoire sérielle*, Paris, Armand Colin, 1978, p. 10.

⁶⁴ Cf. Ricoeur, Paul, *Temps et récit*, Tome I, *L’intrigue et le récit historique*, Paris, Seuil, “L’Ordre Philosophique”, 1983.

en la reflexión de numerosos autores que teorizan sobre el *estatuto noético* de la historia.

En todo caso, y no obstante todas las dificultades del pasado, pensamos que el escenario actual es favorable para establecer un diálogo fecundo entre filosofía e historia, dejando de lado los prejuicios del pasado, la mayoría de ellos provenientes del pensamiento racionalista y de la influencia avasalladora de Hegel que, como sabemos bien, hizo de la historia el *locus naturalis* de su reflexión. Es justamente el actual “*tiempo de dudas*” y el clima de “*crisis*” que caracteriza al universo de la disciplina histórica, que se configura al mismo tiempo en un desafío y en un acicate para buscar con rigor dicho diálogo, como lo recuerda François Dosse:

La pérdida de una gran cantidad de certezas y la renuncia a ambiciones hegemónicas desmesuradas modificaron profundamente la situación historiográfica, para dejar lugar a nuevos interrogantes sobre las nociones utilizadas por los historiadores que se consagran más al pasado de su disciplina y a los filósofos que pensaron las categorías de la historicidad... La coyuntura parece favorable para esta nueva configuración o nueva alianza entre esos dos dominios conexos, pues el historiador, consciente hoy de la singularidad de su acto de escritura, tiende a trasladar a Clío del otro lado del espejo en una perspectiva esencialmente reflexiva. Se deduce de ello un nuevo imperativo categórico que se expresa en la exigencia, por un lado, de una epistemología de la historia concebida como una interrogación constante de los conceptos y nociones utilizados por el historiador profesional, y por otro, de una atención historiográfica a los análisis propuestos por los historiadores de ayer⁶⁵.

El breve panorama historiográfico que hemos trazado en las páginas precedentes constituye el *marco* de referencia indispensable para una reflexión adecuada sobre el *estatuto epistemológico* del conocimiento histórico. En efecto, el examen atento “de los diferentes *discursos del método histórico* y de las diferentes *formas de la escritura de la historia*”⁶⁶, permite al teórico de la historia, sea este historiador o filósofo, ejercer su *reflexión* en el mismo “*Atelier de l’histoire*”⁶⁷. Es en este “taller”, donde la teoría y la práctica de los historiadores se funden en este *saber* que llamamos *historia*, donde aparecen con nitidez las cuestiones fundamentales que articulan el *contenido* propio de la *crítica del conocimiento histórico*.

⁶⁵ Dosse, François, *La historia: conceptos y escrituras*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2003, p. 8.

⁶⁶ Bourdieu et Martin, 1983, op. cit., p. 8.

⁶⁷ Furet, François, *L’atelier de l’histoire*, Paris, Flammarion, 1982.

Por esto, nos parece fundamental recordar que epistemología de la historia se constituye a partir de un doble movimiento teórico. Por un lado, un movimiento que podríamos llamar “descendente”, es decir, que va de la *metafísica del conocimiento* y de la *epistemología*, a la *crítica del conocimiento histórico*. Por otro lado, un movimiento que podemos llamar “ascendente”, es decir, que va de la *teoría y práctica* de los historiadores, es decir, de la *historia de la historiografía* y de la *metodología de la historia* a la *crítica del conocimiento histórico*. Estamos cada vez más convencidos de que una consideración integral, y por ende seria, en torno a las cuestiones de *epistemología* de la historia, no puede prescindir de ninguno de los dos movimientos antes mencionados.

No obstante esto, no debemos olvidar que toda reflexión epistemológica siempre es de suyo (o *formaliter*) una reflexión de carácter filosófico. Esto no implica en modo alguno desconocer que el historiador debe ocuparse con dedicación a estas materias. Sobre este tópico, el cardenal Cottier o. p., ha escrito luminosas reflexiones que esclarecen esta compleja cuestión. Es necesario, nos recuerda el destacado teólogo y filósofo suizo, distinguir entre dos niveles de *epistemología de la historia*. Un primer nivel estaría constituido por los *mismos historiadores* que reflexionan sobre su disciplina, y sobre su “profesión”, es decir, “*la conciencia refleja –o reflexiva–, que los mismos sabios toman de la actividad que ellos realizan*”⁶⁸.

El segundo nivel *epistemológico* estaría constituido por la reflexión de los *filósofos*, la cual se estructura a partir del trabajo de los historiadores. En este sentido, al filósofo le corresponde (función *sapiencial*) “*situar según su razón formal una disciplina –en este caso la historia–, en la jerarquía del saber y de retomar, para examinarlas a un nivel de inteligibilidad propiamente filosófica lo que ellos realizan*”⁶⁹. En efecto, son los mismos historiadores que deben reflexionar sobre los fundamentos noéticos de su propia disciplina y sobre su “oficio”.

Esto no implica que el filósofo no deba a su turno, teniendo en cuenta lo que los historiadores aportan tanto de su experiencia como de sus trabajos no solamente históricos, sino también de metodología de la historia y de epistemología (por ejemplo, Marc Bloch, Henri Marrou, Paul Veyne, Jacques Heers, Jacques Le Goff, François Dosse, François Hartog...), proponer sus propias reflexiones. Dos ejemplos notables a este respecto los encontramos en filósofos

⁶⁸ Cottier, Georges o. p., “Connaissance historique et scientificité”, *Revue Nova et Vetera*, nº 3, Suisse, 1978. Estudio reproducido en Cottier, Georges o. p., *Historia et connaissance de Dieu*, Fribourg, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Studia Friburgensia, 1993, p. 116.

⁶⁹ *Ibidem*.

tan dispares intelectualmente como Jacques Maritain y Paul Ricoeur, pero que, sin embargo, atentos al trabajo de los historiadores, han procedido a la “de-construcción” de las filosofías de la historia puramente *a-priorísticas*, heredadas de la *Modernidad Iluminista*, especialmente de Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) y su heredero directo, Karl Marx (1818-1883).

En todo caso, cualquiera sea el nivel epistemológico en que nos situemos, no se debe olvidar que si se considera *formalmente* el problema del *estatuto epistémico* del saber histórico, es decir, del lado del objeto (*ex parte objecti*), y no del lado de los sujetos cognoscentes (*ex parte subjecti*), es preciso señalar que toda reflexión epistemológica es propiamente una reflexión de *orden filosófica*. En este caso, la epistemología de la historia se distingue de la reflexión específicamente metodológica y de la reflexión historiográfica, aunque estas perspectivas están llamadas a complementarse mutuamente. Sobre esta cuestión, el filósofo español Antonio Millán Puelles ha escrito con justa razón:

Entran de lleno... dentro del ámbito de la filosofía todas las cuestiones relativas al valor de la historia como ciencia... En su acepción más estricta, la epistemología de la historia es el examen del carácter científico que pueda convenir al conocer histórico, y de la medida o forma en que ello posea un sentido y una legitimidad⁷⁰.

Como hemos señalado en otra ocasión⁷¹, cuestiones tales como: *¿Qué tipo de saber es el conocimiento histórico? ¿Cuál es el objeto formal de la historia? ¿Cómo el historiador accede a su objeto de intelección histórica? ¿Es posible la verdad en historia? ¿Cuál es el papel del historiador en la elaboración del discurso histórico? ¿Qué es lo propio del discurso histórico? ¿Cuál es el tiempo propio de la historia? ¿Es posible la elaboración de un realismo crítico que supere al realismo ingenuo aún presente?...*, entre tantas otras, pertenecen de suyo a la filosofía de la historia, o para ser más precisos, a la *filosofía crítica de la historia* o *epistemología*, por cuanto se trata de cuestiones *últimas*.

Hoy más que nunca –en un mundo caracterizado por cambios profundos y vertiginosos, donde la idea de obsolescencia es parte integrante del tejido mismo del acontecer histórico–, urge que estas cuestiones sean respondidas con rigor y profundidad o al menos formuladas. En caso contrario, se corre el

⁷⁰ Millán Puelles, Antonio, *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, Ediciones Rialp, 1955, p. 112.

⁷¹ Ahumada, Rodrigo, “Del ‘optimismo’ historiográfico a la ‘crisis’ de la historia. Actualidad y relevancia de la epistemología de la historia”, en *Memoria y Civilización*, 2002, op. cit., p. 243.

riesgo de que la historia quede fuera del debate científico contemporáneo, o no sea considerada o “*invitada*” al *encuentro* donde se discuten los grandes problemas y desafíos de la sociedad contemporánea. Quedando de este modo los historiadores enclaustrados en su *circuito cerrado*, preocupados por una supuesta carrera académica, o por premios y distinciones, justamente cuando el hombre busca con angustia respuesta al significado y sentido de su propia presencia en el mundo.

La función social del historiador⁷² es una exigencia ética a la cual no nos es legítimo renunciar. ¿Cuál será la actitud de los historiadores ante los problemas y desafíos de nuestro tiempo? Sobre esta cuestión como sobre otras, solamente el *paso* y el *peso* inexorable del tiempo nos darán la respuesta. Esperemos que ella no llegue demasiado tarde, y la historia se transforme en una “religión” sin fieles.

⁷² Cf. El excelente libro de Dumoulin, Olivier, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Bibliothèque Albin Michel Histoire, 2003.